

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 161.—15 de Noviembre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

¿POR QUÉ NO SE VAN AL HOSPITAL?

La pregunta que sirve de epígrafe á este artículo es como respuesta que dan algunas personas, muchas, al oír el mísero estado de los enfermos pobres á cuyo favor se quiere tal vez interesar su caridad. En unos es el egoismo que prescindiendo de como los enfermos están en el hospital, sabe que estando allí no piden limosna, y no quiere saber más. Como el egoismo hay que *vencerle*, y es imposible de *convencer*, le dejaremos en la desdichada tranquilidad con que vé sin compasion la camilla que lleva un enfermo al hospital. Pero hay personas, y no pocas, buenas, caritativas, amigas de los pobres, á los que dan, no estéril compasion, sino socorro, dedicándoles, no solo dinero, sino tiempo, trabajo, cuidados perseverantes, todo, en fin, lo que indica una caridad verdadera. De estas personas, muchas, aunque con diferente tono, muy diferente, es verdad, al de las anteriores, preguntan tambien: ¿por qué no se van al hospital los enfermos pobres que están mal asistidos en sus casas?

Seguramente que la institucion del hospital es una gran institucion: cierto que debe mirarse como un establecimiento de suma utilidad é importancia: no se nos podrá acusar de haberle dado poca, y si no hemos logrado nada para que el hospital sea lo que debe ser, no será por no haberlo intentado; pero siendo un gran recurso para el que no tiene otro, es un triste, compréndase bien, un *tristísimo* recurso.

Hay que hacer primero la distincion del hospital *como debe ser y como es*; como son la mayor parte de los hospitales en España, es cosa bien diferente y aun bien opuesta de como debian ser; tal es, por ejemplo, el general de Madrid. No se forman esta idea los que le visitan en un dia solemne, ó en que se espera á alguna autoridad, ó en un dia cualquiera; si van de paso y miran las cosas muy por encima, ven camas de hierro, colchones, sábanas, colchas y una limpieza relativa al menos; hermanas de la Caridad, enfermeras, practicantes, médicos y medicinas. No parece que debe estar muy mal todo aquello, y lleva grandes ventajas á la casa del pobre donde se carece de todo: estas ventajas son por lo comun pura apariencia, y el que conoce el Hospital general de Madrid por dentro y sabe bien lo que allí pasa, cuando tiene un pobre *suyo* enfermo, hace cuanto puede porque no vaya al hospital. Por pobre que sea un enfermo, por desvalido que esté, siempre que tenga una persona que verdaderamente se interese por él, que le ame, gana muchísimo con no ir á un hospital como son la mayor parte de España, y muchos sean como fueren, á no ser alguna excepcion.

¿Se ha pensado bien en lo que es no tener personalidad, no ser más que un número, no oirse llamar por su nombre, ni que nadie le sepa, ni que á ninguno importe se sufra ó que se descanse, que se viva ó que se muera? Aunque materialmente se tuvieran auxilios, que á pesar de las apariencias suelen faltar, ¿qué cosa más terrible que ese desamparo moral, ese aislamiento sin soledad, esos ayes siempre importunos, jamás compadecidos, esa agonía que nadie observa ni acompaña, esa postrera mirada que no encuentra ojos piadosos?

Cuando sepamos de un enfermo pobre, no le enviemos pues al hospital, si tiene ó podemos proporcionarle alguna persona que con amor le asista: por grande que sea su penuria, el buen afecto suplirá con ventaja las muchas cosas de que carece, que no son tantas, cuando no se tiene en la medicina más fé de la que merece. Hay enfermedades excepcionales que hacen más dificultosa y aun imposible la asistencia del desvalido; mas por regla general le haremos un favor procurándole auxilios en su casa, aunque parezcan menos eficaces que los del hospital, y no prescindiendo de que tiene afectos aquel desdichado, que

como si no los tuviera han de tratar en el establecimiento público.

En el razonamiento que hacemos para desear que el enfermo pobre vaya al hospital, pensamos en que tendrá mejor cama, médico, medicinas, alimentos convenientes, etc., etc., y caso de que todo esto sea exacto, sin echarlo de ver, atendemos únicamente al cuerpo, prescindimos del alma, no vemos que en aquel ser rudo prepondera el espíritu, que á las torturas de él prefiera las materiales, y que al suponer que estará mejor porque tenga esta ó la otra ventaja para su cuerpo, nos equivocamos, cometiendo, nosotros los cultos, los espirituales, una verdadera *brutalidad*.

Cerca del lugar en que escribo estas líneas, hay una pobre mujer en la cama hace un año y reducida á la miseria. Carece de la mucha ropa que necesitaria para tener la cama limpia, y hasta del poco alimento que pueda tomar. Su hija está casada con un hombre de edad que, cuando gana jornal es muy corto, siendo el único recurso para los seis, porque tiene tres niños pequeños. La enferma anciana se halla, pues, en la situación más deplorable. No hace muchos dias, una persona que la visitaba, la dijo:—Cómo no se vá V. al hospital? Allí tendrá V. buena cama, medicina, alimentos, todo lo que necesite.— Es verdad, contestó, *pero no tendré á mi hija.*

¿Quién es aquí el grosero?

Cearcs 23 de Octubre de 1876.

UNA CONVERSACION.

Pues, señor, las mujeres son el mismísimo diablo en persona, es decir, son ángeles, pero son diabólicas, y nosotros somos unos majaderos de á fólio mayor, que cuando ellas dicen que *sí* no sabemos decir que *no*. ¿Quién no está harto de saberlo por su propia experiencia?

Ayer, sin ir más léjos, estuve á ver á dos amigas mias, muy buenas, muy caritativas, muy discretas, muy espirituales, todo lo que se quiera, pero muy exigentes y muy porfiadas. Bueno me pusieron. ¡Vaya un duo!

La una, con cierta sonrisita burlona, me decia:

—Señor Madrileño, LA VOZ DE LA CARIDAD está muy agradecida á los frecuentes artículos con que V. la favorece.

—El favorecido sería yo, pero crea V. que no tengo tiempo para nada.

—Lo que V. no tiene es voluntad, —dijo la otra, que no se muerde la lengua. —Es V. un holgazán de tomo y lomo.

—No negaré que... pero...

—Calle V., haragan; de aquí no sale V. sin dar palabra de escribir un artículo para el próximo número.

—¿Y sobre qué? Denme Vdes. el tema; porque, la verdad sea dicha, á mí no se me ocurre. Todo está ya dicho y redicho con mucha elocuencia y quizá con escaso fruto.

—¡Jesus, qué hombre! No solo no escribe sino que quita á los demás las ganas de escribir.

— Dios me libre de semejante pecado. Pero me parece que los redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD no tienen motivos para estar muy satisfechos del resultado de sus constantes y elocuentes predicaciones. Y si no, veamos cuántos son los suscritores y cuántos los donativos con que socorren á los pobres.

—Vaya, mudemos de conversacion. Acaba de marcharse una pobre que ha traído un memorial para la Hermandad del Refugio. ¿Quiere V. encargarse de llevarlo?

—Con mucho gusto, pero debo advertir á Vds. que el Refugio anda muy mal de dinero.

—¿Y en qué consiste eso?

—Pues es muy sencillo. La Hermandad del Refugio tenía muchas y muy buenas fincas en Madrid, pero hubo un ministro de Hacienda que las creyó comprendidas en la ley de desamortización y sin más ni más las vendió. Y la Hermandad se quedó como el gallo de Moron.

—Pero la Hermandad no se habrá contentado con hacer lo que este famoso gallo.

—No, señora. Ni siquiera le ha imitado en el cacareo. A la chita callando entabló la demanda correspondiente contra la Real orden que dispuso la venta de sus bienes, la puso en manos tan expertas como caritativas, y en 1.º de Abril de 1869 obtuvo una sentencia dictada por la sala cuarta del Tribunal Supremo de Justicia, que anula las ventas ilegalmente llevadas á cabo por la Administracion.

—Pues entonces, ¿qué más quiere el Refugio? Con esa ejecutoria tan respetable, ¿quién la puede disputar la posesion de sus bienes?

—No estoy bien enterado de lo que ha ocurrido. Lo que sé es que la Hermandad se ha quedado sin ellos y sin el dinero que dieron los compradores, de suerte que está á la cuarta pregunta y pasa mil amarguras viendo que no puede socorrer á los pobres como antes los socorria.

—Ande V., que ya pronto se acabarán los pobres en Madrid. Doña Baldomera se ha encargado de hacernos á todos ricos.

—Es verdad. Hasta aquí nos ha estado robando la Caja de Ahorros que solo abona á los imponentes el cuatro por 100 al año. Así es, que yo tenia en ella unos cuartos y los he retirado para llevarlos á la plaza de la Cebada. Y lo mismo han hecho otros muchos. Ya habrán Vds. visto que en algun domingo han importado más las cantidades retiradas que las impuestas. Pues qué, ¿somos tontos?

—No hable V. en broma de cosas tan serias y tan tristes. ¿Cómo va la Caja de Ahorros?

—Va bien, pero se ha contenido algo el progreso que de algun tiempo á esta parte se venia observando, y atendida la poblacion de Madrid, no ha llegado nunca á donde debia llegar. Y por fin, hay que dar gracias á Dios de que Madrid tenga Caja de Ahorros, porque las tales Cajas de Ahorros, son casi desconocidas en España. Apenas llegan á doce las que hay en toda la nacion. ¡Qué vergüenza!

En cambio en el extranjero es prodigioso el aumento que han tenido, sobre todo en Inglaterra y Alemania. ¿A que no aciertan Vds. cuántos millones hay impuestos en las Cajas de Ahorros inglesas? Pues llegan á siete mil.—Donde quiera que hay hábitos de trabajo y economía prosperan estos útiles establecimientos: pero aquí donde no hay más que holgazanería, imprevision y despilfarro, ¿para qué se quieren Cajas de Ahorros?

Unas hay que serian las más útiles de todas en nuestro país; las Cajas escolares inventadas en Bélgica. Ya que sea muy difícil si no imposible el corregir á los adultos, convendria aquí más que en ninguna parte, ir acostumbrando desde pequeños á los españoles á la economía, introduciendo esas cajas en nuestras escuelas.—Pero, ¿quién ha de pensar en eso cuando se mueren de hambre los maestros? Era ponerles en la tentacion de sacar de la caja para comprar pan las cantidades que fueran depositando sus discípulos.

Sin embargo, mucho se podria hacer en nuestra España, si todos arrimáramos el hombro para una empresa tan útil.

Mientras Vds. vean que en España hay más Plazas de Toros que Cajas de Ahorros, no hay que esperar ni orden, ni riqueza, ni buenas costumbres.

—Tiene V. razon; y el caso es que todos los dias se construyen plazas nuevas.—Y á propósito de construcciones, ¿cómo vá «La Constructora Benéfica,» aquella sociedad caritativa que se formó con el objeto de construir casas higiénicas y baratas para los pobres?

—No vá mal. Ya está construyendo cuatro casas en el Barrio del Pacífico, que estarán concluidas en el mes de Enero. Pero, ¡valiente puñado de moscas! ¿Qué son cuatro casas para tantos millones de pobres, que viven sin aire, sin espacio, y revueltos unos con otros, grandes y pequeños, hombres y mujeres? La Caridad, no puede satisfacer, por sí sola, una necesidad tan grande y tan costosa, y si en el extranjero hay tantas casas y tantos barrios para los obreros, no se deben á la caridad, aunque no hayan faltado cuantiosos donativos, como el de Peabody, se deben al espíritu de especulacion que aquí se emplea en otras empresas de más pingües productos, aunque inútiles para el pueblo.

Quizá el ejemplo de «La Constructora Benéfica,» anime á los capitalistas; quizá lleguen á conocer que mejorando la condicion de los menesterosos, se asegura el bienestar en los ricos. Pero temo....

—Este hombre todo lo vé triste y negro.

—¿Para qué me hacen Vds. hablar?

—Pues no hable V., escriba.—Lo dicho: De aquí no sale V. sin dar palabra de escribir un articulito para LA VOZ DE LA CARIDAD.

La dí, me despedí de aquellas buenas señoras, me vine á casa, corté ocho cuartillas y cogí la pluma, pero no salia de ella ni una letra.—No estoy para ello, dije, y la tiré.

Hoy he salido del paso, porque se me ha ocurrido la idea, feliz para mi pereza, de contar de pe á pa todo lo que charlé ayer.

¿Qué resultará de esto? Que el articulito no valdrá un pepino; pero tanto mejor, porque así dirán: «para hacerlo tan mal, vale más que no escriba.»

EL MADRILEÑO,

ACTOS DE HONRADEZ.

Siempre hemos creído que hay cierta exageración de lenguaje cuando se ensalzan demasiado algunas acciones honradas, las cuales, más que virtudes, son negaciones de delitos. Bueno es que esas acciones existan y que se repitan, pero no es justo equipararlas á virtudes heroicas.

Así, por ejemplo, el que un cochero devuelva un objeto olvidado por la persona que ocupó su carruaje, el que cualquiera, si encuentra en la calle una cartera con valores fiduciarios, la entregue á su dueño, el que uno llamado á declarar ante un tribunal diga la verdad desoyendo ofertas dadivosas para hacer lo contrario; todo esto, y otros varios incidentes de la vida, lo que prueban es que el que obra así, no es un ladrón ó un falsario, pero no que sea un ser excepcional de meritoria virtud, porque no la hay en que cada cual cumpla sus deberes de hombre honrado.

Esta es la regla general. Sin embargo, justo es, en esta materia, no aplicar un criterio igual de severos moralistas á toda clase de personas y á todas las situaciones indistintamente. Así como en el delito el código penal establece circunstancias agravantes para calificarlo y castigarlo, conviene que el código moral de la conciencia pública y de la estimación de los hombres, admita circunstancias agravantes también para realzar ciertos actos honrados, cuando el que los ejecuta es un pobre, en quien, por razón de su miseria, la tentación es más fuerte para obrar de otro modo, y el sacrificio, por lo tanto, más meritorio.

Si yo recojo en la calle una moneda que se le ha caído á quien va delante de mí y se la devuelvo, ningún mérito contraigo, porque solo he hecho lo que estrictamente debía hacer; pero si esto le sucede á un mendigo hambriento, siendo la acción igual, en él tiene una significación virtuosa que en mí no cabe en manera alguna.

Sugiérenos estas reflexiones la técnica anécdota que acabamos de leer en el *Petit-Journal* de París. Dice así:

«Hemos recibido la carta que publicamos á continuación, sin más firma que dos iniciales; pero á pesar de esta circunstancia, creemos deber publicarla, porque encierra en pocas líneas todo un drama; la lucha entre la necesidad, el hambre quizás y la honradez. Hé aquí la carta literalmente copiada:

«Sr. Director: Atacado de una terrible enfermedad que me conduce fatalmente á la miseria, paso una parte del dia sentado en un banco del boulevard Haussman, esperando tener valor para entrar en el hospital cuando concluya mi última moneda de dos sueldos.

»Ayer, sábado, entre tres y cuatro de la tarde, estando delante del *Square* de Luis XVI, vino un hombre á sentarse á mi lado, y me dijo: «*Mucho dinero debe V. tener cuando así lo tira.*» Al oír esto, me vuelvo y veo en el banco, á mi lado, dos monedas de cinco francos. Entonces le respondí: «*Gracias; ha sido una distraccion.*» Y tomando las dos monedas, me levanté y me fuí.

»Apenas habia andado veinte pasos, me arrepentí de lo que habia hecho. Diez veces tuve la idea de llevar aquellas monedas al agente de policía que está de servicio en aquella calle: diez veces, sin embargo, me contuve por no verme obligado á confesar que aquel dinero no era mio, despues de haber dicho que lo era á la persona que lo descubrió á mi lado.

»¡Tristes han sido mis pensamientos en esta lucha! Yo temblaba de emocion: apenas pude comer por la tarde, y el remordimiento me impidió dormir por la noche.

»No sé á quién pertenece este dinero; pero creo que Dios es quien me ha inspirado el pensamiento de poderlo devolver á su dueño por medio de esta publicidad en el apreciable periódico de V.

»Al hacerlo así, añadido á los diez francos un franco más, como castigo que me impongo por mis vacilaciones, para que sirva á los pobres, mis hermanos y compañeros de desgracia. La indemnizacion es bien corta; pero es la de otro pobre tambien.

»Reciba V. la expresion de mi gratitud.—A. C.

»Dentro de la carta venian en efecto los diez francos para su desconocido dueño, á quien rogamos se presente á reclamarlos, y un franco más que daremos á los pobres.

»Si, como pensamos, se ha querido por este medio oscurecer el infeliz A. C., el medio escogido para ello ha fracasado. Como se vé, es un hombre pobre, altivo, bueno y resignado.»

Esto prueba, y es prueba muy consoladora, que la honradez no es patrimonio de clase alguna, y que puede existir y existe aun en aquella clase pobre en la que la simple honradez dege-

nera en virtud especial por el mayor sacrificio que exige el ejercido en situaciones críticas.

FAUSTO.

EL CANADÁ

Y LAS RELIGIOSAS FRANCESAS.

I.

Quando el navegante Jacobo Cartier dió en 1534 á la Francia, su madre patria, la inmensa y admirable provincia conocida con el nombre del *Canadá*, no se encontraron en ella otros habitantes más que algunas tribus errantes de Hurones, Iroqueses y Algonquinos, las cuales resistieron con notable intrepidez la invasion extranjera, y se obstinaron en rechazar la luz de la fé y los beneficios de la civilizacion cristiana.

Jacobo Cartier, que era normando de origen, habia llevado de Normandía allí los primeros colonos; y aun hoy mismo los descendientes de esta raza pueblan aquellas lejanas regiones, conservando en ellas, bajo otra denominacion, las antiguas costumbres y el antiguo lenguaje francés. Sobre todo, han conservado la religion de sus antepasados, y en el siglo en que vivimos, estos católicos y estos franceses de las orillas del Hudson y del S. Lorenzo, han dado á la Santa Sede y á la Francia los testimonios más conmovedores de amor y de fidelidad.

Esta inalterable constancia, este apego secular á la religion de sus antepasados, son debidos, sin que en ello quepa duda alguna, á la poderosa influencia de las órdenes religiosas, idas allí de la Francia, las cuales supieron arraigar en el corazon de aquellos colonos desterrados de su patria una fé religiosa que nada hasta ahora ha podido alterar.

La Inglaterra conquistó por la fuerza de las armas el Canadá, sometió el territorio y obtuvo de sus súbditos obediencia á las leyes; pero jamás logró domar las almas de estos católicos de corazon, y el pueblo canadense ha permanecido ca-

tólico, siendo esta fidelidad extraordinaria la obra de algunos santos sacerdotes y de algunas pobres religiosas ursulinas hospitalarias, cuyos nombres serian enteramente ignorados, si hace pocos años, no hubiera la Congregacion de San Sulpicio consagrado á su memoria un extenso y sólido trabajo, del cual tomaremos lo que vamos á exponer (1).

Mr. Olier, venerable fundador de la Congregacion de San Sulpicio, sentia hácia la Colonia Americana una inclinacion especial, que solo Dios podia haberle inspirado. Le preocupaba mucho el establecimiento del reino de Jesucristo en esta lejana region, que hasta entonces no habia conocido más que un grosero paganismo, y decia con frecuencia:—«Que Dios no habia abierto, al través de los mares, caminos desconocidos solo para que trajésemos acá los productos de los castores y las pieles de los demás animales que allí habitan!»

En consecuencia de su propósito, trató de establecer, para la civilizacion y catequizacion del Canadá, una Sociedad que no se propusiera más objeto que la gloria de Dios y el bien del prójimo, y encontró una alma animada del mismo celo y del mismo ardor en un piadoso caballero de Turena, llamado Mr. de la Dauvertiere.

Así, llevados de su ardiente celo, y casi desprovistos de recursos humanos, fundaron en la isla de Montreal una colonia, en la que se obligaron á construir una ciudad que se llamaria *la Ville-marie*, la cual serviria de barrera á las frecuentes incursiones de los Iroqueses, libertando así á Quebec de sus asaltos: además se obligaron á establecer tres comunidades: una de eclesiásticos que tuviera por objeto suministrar los socorros espirituales á europeos y á salvajes; otra de *hospitalarios* con el fin de asistir á los enfermos, y la tercera de maestras de escuela para que instruyeran á las jóvenes, haciéndolas capaces para cuando fuesen madres, de educar cristianamente á sus hijos, y *por este medio*, dice el acta de fundacion, *se propusieron hacer celebrar las alabanzas de Dios en un desierto que hasta allí habia sido la mansion de los diablos.*

Tales proyectos, concebidos por meros particulares, fueron

(1) Memorias particulares para la Historia de la Iglesia de la América del Norte.

calificados de temerarios por la mundanal prevision, y de todas partes surgieron críticas acerca del plan y acerca de sus piadosos inventores. Se dijo y se repitió que tan altas miras cabian bien en el ánimo emprendedor de Enrique IV y de Luis XIV; pero que unos pobres sacerdotes y algunas piadosas mujeres no podrian tener fuerzas para sostener el peso de semejante establecimiento, y que era tentar á Dios en cierta manera con ir á fijar una colonia en un sitio tan expuesto á la crueldad de los salvajes, suponiendo que tendría que hacer milagros para favorecer semejante empresa.

«Ciertamente que es obra de rey, respondió Mr. Olier en una memoria que aún se conserva, puesto que en ella toma parte el rey de los reyes!»

La fé de Mr. Olier y la de sus asociados fué recompensada con efecto. *Ville-marie* se construyó en la isla de Montreal, sin que el rey, ni el clero, ni el pueblo hubiesen para ello contribuido en nada, y sin que sus fundadores habieran con tal objeto sacado del país ni un solo céntimo. Esta Colonia ha sido siempre una muralla que jamás han podido forzar los Iroqueses: ella los ha rechazado, vencido y ahuyentado, sirviendo de escudo á Quebec; por otra parte, el inesperado buen éxito de esta empresa, ha llevado sobre el Canadá la atención de la Francia, que ha dado á esta colonia cierta consistencia, no habiéndola considerado hasta entonces de importancia. Por último, Montreal mereció que se le erigiese una silla episcopal, y fué ocasion del establecimiento sólido y de la propagacion de la religion católica en el Norte de América.

Los primeros instrumentos de esta grande obra fueron Mr. Olier, santo sacerdote, al cual la Iglesia colocará un dia en los altares, y Mr. de la Dauvertiere, hombre de una piedad y de una austeridad admirables, los cuales, sin abandonar la Francia, encendieron la antorcha divina de la fé en los extremos del mundo. A estos dos hombres hay que añadir los de las humildes y santas vírgenes, tambien francesas, que se sacrificaron en peligros y sufrimientos increíbles por la salvacion de los colonos canadenses, y á la de los pobres salvajes que les amenazaban sin cesar con los más horribles suplicios, y que las maldecian, y á quienes ellas en cambio querian llevar paz y bendiciones.

II.

La primera de estas grandes desconocidas se llamaba Margarita Bourgeoys, y habia nacido en Troyes (Champagne) el dia de Viernes Santo del año 1620. Vivió desde su juventud con gran piedad, y con vivo deseo de ser religiosa en una de las congregaciones que conocia, á saber: la del Carmelo, la de las hijas del Beato Pedro Fourrier; pero donde quiera que se presentó halló obstáculos inesperados. Entonces concibió el designio de reunir algunas jóvenes y dedicarse con ellas á instruir niños pobres. Tan buen éxito tuvo en esta empresa que llamó la atención de una señora muy religiosa, hermana del primer gobernador de Montreal, la cual habló de Margarita á su hermano, y habiéndola este visto, quedó admirado de la inteligencia y virtud de esta pobre muchacha, y le propuso ir á Montreal para educar los hijos de los colonos. Respondió, que si sus superiores aprobaban este designio iria con placer.

Ninguna de sus compañeras quiso partir con ella, y sin embargo, no cambió de resolución. Se embarcó sola, y sola llegó á Montreal. Al punto esta alma fuerte y entusiasta, se entregó sin volver hácia atrás los ojos á la obra divina, y reuniendo á su alrededor los niños chiquitos de los colonos, á los que instruía, lo mismo que á los ignorantes, visitaba los enfermos, lavaba y remendaba la ropa blanca de los pobres, enterraba á los muertos, y se privaba por darlas á los necesitados de las cosas más precisas para ella. Sola todavía por espacio de cuatro años, se dedicó á estas ocupaciones; mas un viaje que hizo á Francia la proporcionó compañeras que electrizadas por su celo y sus relatos, desearon servir á Dios en aquellas lejanas regiones. Así es como se fundó la Congregacion de Nuestra Señora de Ville-Marie. Establecióse, y apareció lo grande que era su alma entre incesantes peligros; los Iroqueses y los Algonquinos no cesaron de atacar á Montreal, y de tender emboscadas á los colonos que se alejaban de los lugares habitados: el pillaje, el asesinato, el incendio y los más crueles tormentos eran constantes amenazas para ella; pero la hermana Margarita, escudada con su confianza en Dios, nada temia, y estendia cada vez más al círculo de sus buenas obras. Las niñas chiquitas de los salvajes eran objeto de su ternura especial; educaba

á todas las que caian en esclavitud, y las prodigaba cuidados maternales. Tenia á su cuidado todas las de los colonos, y el autor de la Memoria de que sacamos estas noticias, atribuye á la hermana Margarita el espíritu de dulzura, de caridad y de urbanidad antigua que aún distingue á las familias canadenses de origen francés. Halló entre sus primeras discípulas personas apreciables para la Congregacion, y hasta de entre las salvajes; pues se vieron practicadas por los descendientes de estas bárbaras razas, las virtudes más suaves y las más austeras; por aquellos mismos que en sus primeros años solo seguian los instintos de la guerra, y sin conocer placer más dulce que el de los largos tormentos que hacian sufrir á sus enemigos.

Margarita Bourgeoys pasó toda su vida en el Canadá, estendió su Congregacion y fundó casas en toda la colonia, las cuales produjeron un bien que dura todavía; pero no es decible á precio de qué peligros, de qué privaciones y de qué sufrimientos se ha conseguido arraigar este bien. Sus casas, que eran de madera, fueron quemadas muchas veces; los inviernos rigurosos de los países cercanos al Polo hacian sufrir cruelmente á las más robustas de las religiosas y se llevaban á las débiles; la pobreza era estremada, las amenazas de los salvajes continuas; y á pesar de todo, esta obra, fundada por débiles mujeres, se engrandeció, prosperó y duró á pesar de los cambios políticos que ha sufrido la colonia: ella fué y es hoy todavía, la institutriz de las canadienses católicas.

La hermana Margarita murió santamente á la edad de setenta y nueve años, el 12 de Enero de 1700, habiendo pasado cuarenta y siete de ellos en Montreal.

La señorita Juana Mance, fué escitada por Dios para ir al Canadá á ejercer las obras de misericordia que son tan familiares en la Iglesia católica; habia nacido en 1606 en Nogent-le-Roy: desde su infancia, habíase mostrado muy piadosa, pero sin desear entrar en ningun convento; la relacion de lo que sucedia en el Canadá, la hizo grande impresion, pero resistió al principio al atractivo de ir allá, hasta que este atractivo se hizo vehemente, y su país le pareció una especie de prision. Ya resuelta á ir al Canadá, respondia á los que se admiraban de su celo, que ella sabia bien que Dios queria que fuese al Canadá, y que aunque ella ignoraba por qué, se abando-

naba ciegamente á Dios para lo que quisiera hacer de ella.

Lo que Dios queria, era hacer de esta alma generosa la criada y la madre de todos los desgraciados. Llegó á Ville-Marie y con el dinero que le habian proporcionado algunas personas benéficas, emprendió la instalacion de un hospital, y para su asistencia logró reunir, despues de esfuerzos penosos y extraordinarios, un gran número de jóvenes, entusiastas como ella, y formó la Congregacion de *San José*. Tres incendios consumieron este hospital, y fué además asaltado por los Iroqueses, los cuales hirieron y se llevaron cautivos ó mataron á los que en él servian; pero á pesar de todo, quedó en pié la institucion, porque la hermana Mance superó todos los obstáculos, entre los que sobresalía una pobreza estremada. Esta excelente mujer murió á los sesenta y siete años, en Junio de 1673, dejando á Ville-Marie y á la colonia en el que son acogidas todas las miserias, y una congregacion de sirvientes y madres de los pobres que aun ahora mismo da alivio y socorro á los miembros necesitados del séquito de Jesús.

Una santa viuda, madame d'Youville, no se contentó con encerrar su caridad ardiente dentro de los muros del hospital, sino que la hizo estender á todos cuantos sufrían, pobres, incurables, prisioneros, cautivos de guerra, salvajes, ancianos enfermos y huérfanos desvalidos.

Habia nacido en Montreal, de una familia francesa y de un matrimonio que fué poco feliz; se entregó toda á Dios y sus pobres, y tuvo la suerte de establecer una comunidad de hermanas de la Caridad, tan valientes en el cumplimiento de sus faenas como sus hermanas de Francia, y se consagraron al cuidado de todos los miserables. Carecian de bienes y trabajaban para los pobres, ya cosiendo uniformes de soldados, ya haciendo gallardetes para los buques, y en fin, toda clase de obras, por penosas que fueren, cuyo producto servia para alimentar los huérfanos y enfermos del hospital general. Así hacían vestidos para los salvajes, adornos para los jefes de sus tribus, que los comerciantes cambiaban con ellos por peletería; y no hallaban trabajo que no fuera bueno, con tal que fuese segun la caridad y la justicia. Su obra subsiste, á pesar de la conquista de la colonia por la Inglaterra, y siempre, como ella decia: «La víspera de carecer de todo, jamás carecíamos de lo necesario,

teniendo que bendecir por ello á la divina Providencia. Esta mujer fuerte murió á los setenta años, en 1771, sin haber conocido en su vida más que á Dios, á su familia y á los pobres. La voz del pueblo la proclamó *beatificada*, y sus obras hacen su elogio un siglo despues de su muerte.

María Guyard, viuda de Claudio Martin, fué enviada por Dios á estas lejanas regiones; habia nacido en Tours y vivia allí en su viudez con las inquietudes de un negocio, educaba sus hijos para Dios, en cuya presencia estaba siempre; sin preveer en lo más mínimo los designios que la Providencia formaba con ella. Su constante deseo fué entrar en un convento como religiosa cuando sus hijos se hubiesen colocado, y por fin logró su deseo en el monasterio de las Ursulinas de Tours en 1631, teniéndose por feliz por haber hallado al fin la calma y recogimiento porque tanto habia suspirado. Pero Dios la queria en el Canadá, adonde la condujo por una aglomeracion de circunstancias maravillosas. En Quebec, fué donde tuvo ocasion de ejercitar su celo, fundando una casa de asilo en que los primeros acogidos fueron diez y seis niñas salvajes algonquinas, y para poder entenderse con sus discípulas, las maestras tuvieron que aprender lenguas duras y bárbaras, cuyas palabras, decian, hacian ruido en sus cabezas como si fueran piedras de la calle. María de la Encarnacion, que este era el nombre de la viuda Guyard, triunfó de todas las dificultades, y logró por fin hablar correctamente el lenguaje de los Hurones, Iroqueses y Algonquinos y escribió en los mismos idiomas una gramática, dos diccionarios y un gran número de obras de piedad y de historia.

No le faltaron contratiempos: un incendio devoró el monasterio apenas se habia edificado; las religiosas y las niñas se salvaron medio vestidas, y se vió á María de la Encarnacion con los piés desnudos sobre la nieve, mirar tranquilamente las llamas que devoraban su casa, exclamando en voz baja:—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

A este contratiempo sucedió otro: Quebec fué sitiado por un ejército de salvajes, y debió su salvacion al arrojó de un jóven francés llamado Dulac, el cual, acompañado de algunos jóvenes intrépidos, rechazó á los Iroqueses, y libertó á la ciudad y al país, pagando con su vida este acto de heroicidad. Todos ha-

bian temblado durante los largos dias de asedio viendo á los sanguinarios enemigos invadir la ciudad. La madre Encarnacion se interesaba por estos salvajes, visitando á los que habian quedado prisioneros; y así ganó el afecto de un jefe llamado Garahontia, por sobrenombre *Bayardo Iroqués*, el cual se hizo cristiano, y fué un fiel amigo de la Francia. Los salvajes la conocian y la querian, y cuando murió el 30 de Abril de 1672, despues de un apostolado de 33 años, los salvajes y sus *Squas* vinieron en tropel á llorar y rezar á la puerta del monasterio, exclamando: ¡Ah nuestra madre ha muerto! Y poniéndose el dedo en la boca indicaban que su dolor no se podia expresar por palabras. Era natural que habiéndolos amado tanto, les hubiese inspirado este afecto.

La comunidad de las Ursulinas de Quebec subsiste, como la de Margarita Bourgeoys, de Juana Mance, de María d'Yonville. ¿Estas mujeres francesas, cuyos nombres son ignorados, y que enterraron en estos desiertos tantas virtudes, una alta inteligencia y una caridad tan pura, son los que han hecho del Canadá lo que es; á saber, una maravilla de fidelidad y de apego inalterable á la madre patria, á su lengua, á sus instituciones y á sus recuerdos?

Jacobo Cartier y Montcabu son los nombres brillantes de la historia del Canadá; pero estas oscuras religiosas son como violetas idas desde Francia para embalsamar con su eterno perfume la playa en que la mano divina las sembrara.

M. B.

(Traduccion.)